



Una historia de amor entre rapaces en el Parque Natural de la isla Nazar Anchorena

Por Alfonso Ruiz Guiñazú



Hace ya un par de meses, me sorprendí al ver un desprolijo apilamiento de ramitas colgando de una horqueta de ramas gruesas de un aliso de río, unos metros al sur de la entrada al Sendero al totoral. Un gavilán mixto parecía estar empollando un huevo, mientras otro vigilaba desde unos metros más al sur, emitiendo fuertes sonidos de alerta, que suenan como un gruñido. Al verme pasar, el del nido no tardó en salir volando. Como normalmente empollan las hembras en esta especie, pensé que esta hembra de gavilán mixto se sentía incómoda con mi presencia, y seguramente con la de todos los que desde ese momento pasaran por el Camino del bosque, que va desde el arroyo Ballena hasta la bahía nueva, sobre el Río Luján. Y desde entonces, no vi más ningún adulto sobre ese nido. Para mí, con esa forma inusual de aparente poca estructura, el nido parecía destinado al fracaso.

Normalmente los gavilanes mixtos hacen nidos con forma de plataforma, bien estructurados y apoyados en la base de varias ramas en lo alto de árboles tupidos, todo lo contrario de este nido, que estará a unos seis o siete metros de altura, apenas colgado, como a caballo, entre solo dos ramas.

Esta mañana, al pasar por ahí, le mostré a otra persona «lo que hubiera sido un nido de gavilán mixto abandonado». Por suerte dediqué un ratito a mirarlo mientras le contaba que había visto un intento fallido de nido. De pronto me pareció que algo se movía allá arriba, adentro del nido. Dudé de si no serían las hojas del fondo. Pero de nuevo, algo se movía.

De pronto, ese algo se convirtió en una cabecita un poco más chica que una pelota de golf, con dos ojazos que me miraban y cubierta de plumón color claro, que son como pelos que anteceden a las plumas. Un pico bien formado, sin forma adulta aún, y una cera amarilla muy nítida que llegaba a la comisura del pico. La cera es un tejido semiblando en el borde de los picos de las rapaces y que lo tienen toda la vida.

¡Era un tremendo pichón de gavilán mixto!

¡Qué felicidad verlo!

Toda la novela que me había hecho sobre el abandono del nido no fue real. A pesar de la abundante presencia de gente que recorre el camino casi debajo del nido, no fue un obstáculo para el nacimiento de este pichón, al que estaría bueno elegirle un nombre. Un nombre que evoque lo que nos une a él o ella.

Tal como se lo ve en la foto, este pichón tiene menos de quince días de vida. Pasará unos veinticinco, treinta días más en el nido antes de empezar a recorrer —primero caminando y gradualmente aprendiendo a volar— las

ramas que rodean al nido, emitiendo agudos sonidos como un silbido repetitivo para llamar a sus padres y demás cuidadores de la familia, tanto para que le lleven comida como para que sepan donde está ubicado. En poco tiempo tendrá tamaño adulto, pero con plumas de joven, jaspeadas entre el color beige y marrón. Con el correr de los años pasará a cambiar sus plumas por otras más oscuras, y en algunos sectores, más rojizas.

Si logra desarrollarse bien, será un gran aliado del hombre: los gavilanes mixtos que ocupan todas las zonas arboladas de los suburbios y zonas rurales son clave en el control de roedores. Pero también comen palomas y cotorras, entre otras aves.

Son poderosos y elegantes como un águila volando, y se distribuyen en forma autóctona en las tres Américas. Muchos han sido llevados a distintos lugares del mundo para la práctica de la cetrería, el arte de la caza con rapaces.

La especie, cuyo nombre científico es *Parabuteo unicinctus*, merece todo un capítulo aparte respecto de sus conductas y su notable inteligencia. Tienen determinado nivel de inteligencia abstracta y actúan con una organización social muy avanzada, en la que tienen conductas de colaboración guiada por un sentido del bien común: cazan sin necesariamente tener hambre, en colaboración con otros miembros de sus familias y colonias, y tienen todo un sistema de jerarquías sociales muy marcadas, donde la que dirige una colonia es una hembra alfa. Luego la suceden un macho alfa, y después machos beta y hembras beta. Estos individuos beta en algún momento se independizan del grupo, forman su propia familia y se constituyen en líderes de su propio nuevo grupo.

Bienvenidas las sugerencias de nombre para este pichón, del que no sabremos si es macho o hembra por un buen tiempo, cuando veamos su tamaño adulto, en que las hembras, con un 1,2 kg, tienen un peso que supera en más del 50% al peso de los machos, de unos 750 gramos. **Quizás a alguien se le ocurra un nombre no ligado al género para resolver esta duda que tendremos por un tiempo.**

